

De gigantescos pájaros se puebla  
 La selva en el instante, que resaltan  
 Con más denso negror en la tiniebla,  
 Y vuelan sobre mí, crueles me asaltan,  
 Y me persiguen con furor impío,  
 Sin que pueda luchar, porque me faltan  
 La ardiente voluntad y fiero brío.  
 Así acosado, hasta la cima llevo,  
 Que el agua encauza de luctuoso río,  
 Y miro los cadáveres de fuego  
 Cómo flotan, de tantos desgraciados  
 Que al suicidio pidieron el sesiego.  
 Los monstruos colosales, despiadados  
 Al abismo me impulsan tenebroso;  
 Callan sus roncos gritos destemplados;  
 Murmura el agua un canto rumoroso:  
 —«Ven, si tú sufres! En mi linfa pura  
 La desesperación halla reposo;  
 Yo endulzaré de tu alma la amargura,  
 Yo te defenderé de la perfidia  
 Y calmaré tu fiebre y tu locura.  
 El dardo ponzoñoso de la envidia  
 Aquí no te herirá; jamás tu oído  
 Escuchará el acento de la insidia,  
 Que yo soy el refugio prometido  
 Al caminante que huracán sorprende....  
 Oh, ven!... oh, ven!... oh, ven.... Soy el olvido!»  
 Pálida ninfa, á mi sus brazos tiende,  
 Y ya insensato me arrojaba en ellos,  
 Cuando siento que mi ímpetu suspende  
 Una deidad, que surge entre destellos  
 De magnífica aurora. Luz divina  
 De consuelo y de amor sus ojos bellos  
 Derraman al mirar.—Ella se inclina,  
 Me toma en su regazo, en raudó vuelo  
 Me lleva á una montaña peregrina,  
 Que parece sustento ser del cielo.  
 —«Mira, me dice, quiero de tus ojos  
 Hacer que caiga el tenebroso velo.  
 Has encontrado en tu camino abrojos,  
 Otros hallaron lava incandescente;  
 Y allí, donde sufriste sólo enojos,  
 Los otros derramaron llanto ardiente  
 Al peso abrumador de la desgracia.  
 Es tu suerte á la de ellos diferente:  
 La tuya es un castigo de tu audacia,  
 Y la de ellos es pena inmerecida;  
 Víctimas del dolor, que no se sacia  
 Devorando una vida y otra vida,  
 Y una generación y la otra hiere,  
 Y hunde la tercera envilecida....  
 Mira ese pueblo allí; ve cómo quiere  
 Romper el hierro que sus miembros ata;  
 Impreca, se revuelve, lucha y muere....  
 Mira aquel otro que vencido acata  
 La voluntad del déspota, que asusto,  
 Cancerbero feroz, vigila y mata....  
 Mira aquel que gobierna un disoluto,  
 Quien trastorna el hogar y la familia,  
 Roma tarquina sin un Junio Bruto....  
 Y aquel de más allá que su vigilia  
 Consagra á conspirar, y lo hace en vano,  
 Porque en su redención nadie lo auxilia....  
 Y aquel que el fin fatal mira cercano,  
 Arbol que no da sombra, fruto ó flores  
 Y ya del leñador siente la mano....  
 Miren tus ojos, bardo, esos dolores  
 Ese Océano ve de sufrimiento....  
 ¿Qué ante ellos serán tus sinsabores?  
 Por más que los abulte el pensamiento,  
 Son tus pesares ó desgracia tanta,  
 Lo que un breve planeta al firmamento....  
 Tu torpe cobardía ¿no te espanta?  
 ¿Por qué es tu voz de tímida doncella,  
 Y en acento viril no se levanta?  
 ¿Por qué en lugar de lúgubre querrela  
 No lanzas reto á la maldad innoble,  
 Que cual zizaña, entre la mies descuella?  
 ¿Por qué al vicio no obligas á que doble  
 La rodilla humillado? ¿Por qué tremes  
 Como junco flexible, siendo un roble?»

Quiero, marino, que incansable remes;  
 Si el derecho, cual César, va contigo,  
 ¿Por qué á la tempestad cobarde temes?  
 Quiero, soldado, ver que al enemigo,  
 Al tirano, provocas á la lucha,  
 Y á su crueldad impones el castigo.  
 Quiero que sea tu entereza mucha,  
 Y exclames, restringiendo tus pasiones,  
 Cual Leméstocles:—«Pega, pero escucha!...»  
 Alza el potente vuelo á otras regiones.  
 Y sin temor al formidable estruendo  
 De amenaza y oferta y seducciones,  
 Hiere, como Aristófanes, riendo,  
 Cura, como el Apóstol, predicando,  
 Y, como Cristo, muere, redimiendo.  
 Ve á reforzar el valeroso bando  
 Que la justicia tiene por bandera,  
 Y lento va el derecho conquistando.  
 Oye el épico són de trompa fiera....  
 Anda á luchar, pues que es luchar preciso,  
 Ya que hipócrita el mal do quier impera.  
 Si mis consejas hallante supiso,  
 Tuyos harás del mundo los pesares,  
 Y ese infierno será tu paraíso.  
 No proclames tus dioses tutelares,  
 Si á la Divinidad, una y concreta;  
 No inspires en el hombre tus cantares,  
 Sino en la Humanidad. Ser su profeta  
 Es el noble deber del inspirado,  
 Del artista, filósofo y poeta;  
 Que sólo es inmortal lo que ha creado  
 El humano deseo, ó los dolores  
 Que en el alma del pueblo se han cebado.  
 Y voló la deidad.

Los resplandores  
 En que su frente inmaculada baña,  
 Mueren, cual de la tarde los fulgores.  
 Descendí vacilante la montaña,  
 Y atravesando por la selva oscura  
 Noté que me alumbraba luz extraña.  
 Era que mi alma se encontraba pura,  
 Sin temor á los monstruos ni al abismo,  
 Y en la atmósfera envuelta de ternura,  
 No la guiaba ya el escepticismo,  
 Y llevaba, cual prenda de su alianza,  
 El amor en lugar del egoísmo,  
 Y en lugar del suicidio, la esperanza.

Veracruz, Agosto 5 de 1885.

RAFAEL DE ZAVAS ENRIQUÉZ.

## RIMAS DE UN LIBRO INÉDITO.

Al despertar pronuncio  
 Tu nombre amado,  
 Porque tu nombre, siempre  
 Duerme en mis labios,  
 Allí lo dejo  
 Todas las noches, niña,  
 Cuando me duermo!  
 Cuando tú te entristeces  
 Yo me entristezco,  
 Porque son tus suspiros  
 Los mensajeros,  
 Los mensajeros  
 Que el dolor de tu alma  
 Me van trayendo!  
 Hay veces que no mira  
 Nadie el cadáver,  
 Y anda el muerto riendo  
 Por esas calles....  
 Esto acontece  
 Cuando ahogada en sus lágrimas  
 El alma muere!  
 ¿Qué alegre y qué risueña  
 La tarde viene,  
 Cómo sobre los aires  
 Su manto tiende!  
 Tiende su manto,  
 Y es para que la noche  
 Duerma en sus brazos!

Cuando tus ojos miran  
 A las estrellas,  
 Parece que en tus ojos  
 Se encienden ellas!  
 Por eso creo  
 Cuando tus ojos miro,  
 Que hay otros cielos!  
 Camino fui esta tarde  
 Del cementerio,  
 Y llegué adonde estaban  
 Todos durmiendo,  
 Todos durmiendo....  
 ¿Y comencé á sentirme  
 Con mucho sueño!  
 No sé qué dice Recquer  
 De la mirada,  
 Al hablar de los ojos  
 Y el alma que habla....  
 ¡Ay! niña, ¡á veces  
 Qué versos tan divinos  
 Escribe Recquer!  
 Si me gustan las flores,  
 La mar y el cielo,  
 Es porque al verlos, niña,  
 Te miro al verlos:  
 En las espumas,  
 En los fragantes cálices,  
 ¿Y en las alturas!